

Los límites económicos de una lógica política



6

>> **Adrián Piva**

Sociólogo, docente de la Universidad de Buenos Aires
y de la Universidad Nacional de Quilmes

INTRODUCCIÓN

La dominación política y la acumulación de capital son aspectos diferenciados de la misma realidad de subordinación del trabajo al capital. La normalidad capitalista presupone la reproducción de ambas. En este sentido, el primer gobierno kirchnerista pudo recomponer el poder de estado a través de la construcción de un amplio consenso entre 2003 y 2007. Y el gobierno de Cristina pudo reconstruirlo después de su dilapidación durante el denominado “conflicto del campo” en 2008. En ambos casos, una lógica de satisfacción gradual de demandas basada en una agenda que retomó, selectivamente, y resignificó reivindicaciones democráticas y populares forjadas desde la resistencia al neoliberalismo en los años '90, les permitió galvanizar el consenso y polarizar el espacio político identificando con la derecha y la vuelta al pasado al grueso de la oposición. Sin embargo, esa lógica de satisfacción gradual de demandas fue posible en el marco de un conjunto de transformaciones de la dinámica de acumulación de capital cuyo grado de ruptura con la propia del período menemista es todavía, una década después, materia de debate.

Si el modo específico del crecimiento económico fue condición de posibilidad de la reconstrucción del poder político, sus límites plantean desafíos a la continuidad de una lógica política que el kirchnerismo impulsó pero de la que hoy depende, aunque deberá verse en qué medida. Este artículo se enfocará en el análisis de aquellas características del modo de acumulación desarrollado desde el año 2003 en Argentina que posibilitaron la opción kirchnerista de reconstrucción del consenso y en los límites que enfrenta. A su vez, esas características y estos límites no pueden ser pensados como aislados de un proceso de acumulación que se desenvuelve a escala mundial y del actual contexto de crisis en el centro del sistema mundial. Su análisis es, desde esta perspectiva, el estudio de cómo las transformaciones y la

crisis del sistema mundial se refractan en el medio económico-político específico de la Argentina.

La limitación de este artículo al “lado económico” del problema exige una aclaración. La construcción de consenso y la reproducción del poder de Estado requieren de procesos específicamente políticos, que aquí dejaremos momentáneamente de lado. Ello presupone, en primer lugar, que las características del modo de acumulación a la que nos referiremos en este artículo no condicionaron mecánicamente la lógica kirchnerista de construcción de consenso, sólo explican su posibilidad. En segundo lugar, los límites que le imponen tampoco permiten inferir que entonces el kirchnerismo se dirige a una crisis política. Sólo permiten reconocer dilemas políticos que el gobierno deberá enfrentar y que los trabajadores deberemos tomar en cuenta a la hora de discutir nuestra táctica y estrategia políticas.

CAMBIOS EN EL SISTEMA MUNDIAL

El ciclo de crecimiento económico de la Argentina desde fines de 2002 se inscribe en un conjunto de transformaciones del capitalismo a escala mundial. Estos cambios y su impacto en la modalidad de inserción argentina en el sistema mundial constituyen aspectos fundamentales de las condiciones de acumulación de capital durante el período. Esto es, no son un mero marco externo de procesos económicos y políticos internos, sino que los cambios de la acumulación de capital en Argentina deben verse como una articulación y entrelazamiento de cambios a escala mundial y dinámicas políticas y económicas internas.

En este sentido, un hecho fundamental fue *la reversión durante la última década de la tendencia de un siglo al deterioro de los términos de intercambio entre los productos de la periferia y del centro del sistema mundial*. Diversos estudios han registrado que, al menos desde fines de la primera guerra mundial y hasta fines del siglo XX, los productos primarios en particular y, más recientemente los denominados commodities en general (que incluyen una serie de productos industriales altamente estandarizados), han visto disminuir sus precios relativos a los de los bienes industriales de mayor valor agregado (ver Astarita, 2010). Esta tendencia supuso importantes restricciones para el sector externo de las economías dependientes. *Desde el año 2002 los precios de los commodities,*

y de las materias primas en particular, han tendido a aumentar significativamente dando lugar a un mejoramiento de los términos de intercambio que impactó positivamente en la balanza comercial argentina.

Este fenómeno se encuentra vinculado al impacto en el mercado mundial del crecimiento de la economía China y, en menor medida, de la India. El crecimiento de la economía china y de su participación en el producto mundial es un dato que se remonta a inicios de los años '80. Entre 1980 y 2000 el PBI chino pasó de representar el 2,2% del PB mundial (un porcentaje inferior al 3,9% de Brasil y al 2,5% de la India ese mismo año) al 7,1% en 2000 (superior al 2,9% de Brasil y al 3,7% de la India). Pero para 2010 el PBI chino explicaba el 13,5% del PB mundial, un 90 por ciento más que 10 años antes (FMI 2012).¹ Hecho que impulsó la demanda de importaciones china de materias primas y su incidencia en sus precios. Desde 2002, además, India y Rusia, aunque la segunda en menor medida, también aumentaron su participación en la producción de riqueza a nivel mundial. Este fenómeno, lejos de ser un retroceso de la denominada “globalización” del capital, es el resultado genuino de la expansión de las relaciones capitalistas a escala planetaria (Astarita, 2004).

En este contexto de aumento de la participación económica mundial relativa de los llamados países emergentes –fenómeno del que no resultaron excluidos Brasil y Argentina, aunque con puntos de partida mucho más modestos y sin alcanzar aún sus niveles de participación en 1980– la dependencia comercial de EE.UU. y de la Unión Europea se redujo fuertemente. Por un lado, los precios de los productos que exporta Argentina no dependieron fundamentalmente de la demanda mundial de los países centrales durante la última década. En segundo lugar, producto de un aumento del comercio intramerco-sur desde inicios de los años '90, más de un veinte por ciento de las exportaciones se dirigen hoy a Brasil y también se incrementaron las exportaciones a China (de un 4,2% del total en 2002 a un 7,1% en 2011) y a ASEAN (del 3% al 5% entre lo mismos años). Simultáneamente, se redujo el porcentaje de exportaciones a EE.UU. (del 11,1% al 5%) y a la UE (del 20% al 15%).² *El mejoramiento de los términos de intercambio y la menor*

1. Fuente: Fondo Monetario Internacional

2. Fuente: Centro de Economía Internacional del Ministerio de Relaciones

dependencia comercial del centro constituyen cambios drásticos respecto de la inserción comercial de Argentina durante la mayor parte de su historia y permiten explicar tanto el desempeño exportador desde 2002 como el impacto moderado de la crisis mundial de 2008-2009. En términos más coyunturales la política brasileña de apreciación del real ha contribuido a mejorar la performance exportadora de Argentina y a moderar el impacto de la apreciación de la moneda argentina frente al dólar.

De conjunto, los cambios en las tendencias del comercio mundial durante el último decenio otorgaron un mayor margen de maniobra a estados periféricos como el argentino, pero el modo en que esto incidió en la reconfiguración del modo de acumulación en Argentina y en las políticas efectivamente implementadas obliga a desplazar la mirada hacia la dinámica interna.

LAS CAUSAS Y LA FORMA DEL CRECIMIENTO ECONÓMICO

+ Devaluación, recuperación de la tasa de ganancia y competitividad externa

La devaluación fue tanto el resultado de la impugnación popular a la vía deflacionaria de resolución de la crisis en 2001 como la respuesta capitalista a ambas. Y como tal, su éxito fue el éxito de la ofensiva inflacionaria contra el trabajo. Una devaluación del 300%, una inflación anual del 40% y salarios prácticamente inmóviles (todos datos de 2002) conforman ciertamente una “devaluación exitosa”. Su resultado fue el abaratamiento internacional de los bienes producidos localmente y una notable recuperación de la tasa de ganancia tanto por la vía de la depresión del salario real como por la reducción en términos reales de las tarifas de gas, electricidad, etc. y de la tasa de interés. Ello supuso que la distribución de los costos de la crisis entre las distintas fracciones del capital benefició a las fracciones de capital productivo, especialmente a las orientadas a la exportación. *Pero, fundamentalmente, a partir de allí el tipo de cambio alto fue un aspecto central del proceso de acumulación.* No sólo favoreció la exportación sino que actuó como paraguas de un incipiente proceso de sustitución de importaciones.

==

Exteriores y Culto de la República Argentina.

*+ Reestructuración industrial, sustitución de importaciones
y acumulación extensiva*

Empecemos señalando que a diferencia de quienes sostienen la tesis de que durante la década menemista existió un proceso de desindustrialización (Notchef, 1998; Basualdo, 2006) entendemos que se produjo un proceso de reestructuración industrial de características más complejas. Por un lado, hubo una reducción del peso de la producción industrial orientada al mercado interno, particularmente en productos de mayor valor agregado en términos relativos. Pero, por otro lado, aumentó notablemente la participación industrial en las exportaciones. Es esta reorientación exportadora de la gran burguesía industrial la que constituye en nuestra opinión el carácter dominante del proceso. Esto se refleja no sólo en el agregado de Manufacturas de Origen Agropecuario (MOA) y Manufacturas de Origen Industrial (MOI) sino también en la evolución de las MOI que resultaron ser las exportaciones más dinámicas del período. *Es decir, que la tendencia desde 2003 a un mayor crecimiento de las MOI respecto de las MOA y las exportaciones primarias es un rasgo de continuidad con el proceso de reestructuración iniciado en los años '90 y no una ruptura.* El término desindustrialización resulta, además, ambiguo en sus significados y la caída de la industria manufacturera como proporción del PBI es un rasgo compartido por la mayor parte de las economías centrales y de los denominados países emergentes en los últimos 30 años (Grigera, 2011). Aun así, esta caída ha continuado también en Argentina entre 2003 y 2011.

¿Dónde se encuentra la especificidad de este período entonces?

En primer lugar, la devaluación actuó como un paraguas que permitió cierto proceso de sustitución de importaciones. Sin embargo, a diferencia de la sustitución clásica de los años '30 a mediados de los '70, *la sustitución de este período se articuló con la orientación predominantemente exportadora de la gran burguesía industrial de productos altamente estandarizados y de bajo valor agregado relativo.* Esta modalidad de inserción en el mercado mundial constituye una continuidad fundamental con los '90 que fue, además, fortalecida por la reversión del deterioro secular de los términos de intercambio. Esto se manifiesta por un lado, en la continuidad del patrón de exportaciones respecto de los años '90 (Porta y Fernández Bugna, 2008) pero, por otro lado, en el hecho de que *las industrias orientadas al mercado interno beneficiarias de la protección cambiaria desarrollaron la sustitución de importaciones apelando a bajos costos salariales relativos a través*

de estrategias trabajo intensivas, con alta utilización de la capacidad instalada y la apelación al trabajo en negro. Ello ocurrió típicamente en la industria textil, aunque no sólo en ella, y explica la persistencia de altos niveles de empleo en negro, similares a los porcentajes más altos de los años '90, aún después de 10 años de crecimiento económico, de aumento del empleo y de reducción del empleo en negro.

En segundo lugar, aunque con una profunda heterogeneidad interna, la acumulación de capital ha sido fundamentalmente extensiva. Una dimensión central de la reestructuración del capital en los '90, particularmente entre 1991 y 1994, fue la importante renovación de capital fijo –que supuso la incorporación de nuevas tecnologías– y la quiebra de los capitales menos competitivos. Las tasas anuales de inversión desde 2003 han sido levemente superiores a las de la década del '90. Sin embargo, si tomamos la evolución de la productividad horaria entre 1991 y 1998 y entre 2003 y 2010, observamos que para el primer período el promedio de variación anual es de un 7,1% mientras que en el segundo es de un 4,7%.³ Si bien la productividad horaria es una medida deficiente del aumento de la productividad debido a renovación de capital fijo, ya que incluye aumentos en la intensidad laboral, la diferencia es significativa y permite aproximarnos indirectamente al problema de la calidad de la inversión. *La hipótesis más consistente con el conjunto de datos disponible es que la acumulación en el período ha sido predominantemente capital-extensiva y que el crecimiento económico desde 2003 se apoyó en el fundamento de la reestructuración del capital operada en los '90.* Esto fue posible en un contexto de tipo de cambio alto y de costos laborales históricamente bajos. Sin embargo, la heterogeneidad de la estructura industrial presupone que coexisten comportamientos tecnológico-intensivos en sectores de exportación, con el empleo intensivo de mano de obra descalificada en ramas como la textil. Pareciera que la articulación de la orientación exportadora de la gran burguesía industrial y el crecimiento de sectores orientados al mercado interno bajo el paraguas cambiario profundizaron dicha heterogeneidad (Fabris y Villadeamigo, 2011). *El carácter predominantemente capital extensivo de la inversión explica el fuerte aumento del empleo, es decir, la más alta elasticidad*

3. Fuente: elaboración propia en base a datos del Centro de Estudios de la Producción (CEP), Ministerio de Industria de la Nación.

empleo/producto respecto de los '90 por lo menos hasta 2007, y la consiguiente caída de la tasa de desempleo. A su vez, la caída del desempleo en un contexto de costos laborales históricamente bajos fue condición de posibilidad del aumento de los salarios reales.⁴ Sin embargo, la heterogeneidad de la economía argentina tiene también su expresión en el grado de recomposición salarial. Mientras los salarios del sector privado registrado se encontraban en 2006 un 18,4% arriba del nivel del último trimestre de 2001, los asalariados en negro y los empleados en el sector público tenían salarios 17,3% y 23,8% inferiores.⁵ A partir de allí es difícil establecer la evolución del salario real debido a la ausencia de datos fiables de inflación, pero las distintas fuentes informales (Buenos Aires City, Fiel, Ecolatina, CENDA) coinciden en mostrar una tendencia al estancamiento de los salarios reales, con una leve mejora entre enero de 2007 y enero de 2012 (en el caso de CENDA datos disponibles hasta 2010), un leve cierre en la brecha entre asalariados registrados y no registrados y un mayor retraso relativo de los asalariados del sector público respecto de los empleados en los demás sectores.

+ Superávits gemelos y menor dependencia financiera

El aspecto de la modalidad de acumulación que se modificó más sustancialmente respecto de los '90 fue la dependencia financiera. Durante el período de vigencia de la convertibilidad, la persistencia de déficits fiscales y de cuenta corriente volvieron a la acumulación de capital y al sostenimiento del aparato de estado altamente dependientes del ingreso de divisas, fundamentalmente mediante el endeudamiento externo. Desde 2002 el mejoramiento de los términos de intercambio y la fuerte reducción en términos reales del gasto público dieron origen a superávits comercial y fiscal, los denominados superávits gemelos. Simultáneamente, la cesación de pagos primero, la quita compulsiva de más del 60% del valor de la deuda defaulteada después, y la cancelación de la deuda con el FMI por último, aliviaron las obligaciones de pago de intereses y redujeron sensiblemente el peso de la deuda sobre un PBI y exportaciones crecientes (Frenkel y Rappetti, 2011). Los resultados

4. Decimos condición de posibilidad porque la explicación de la recuperación salarial se encuentra también asociada al aumento de la conflictividad obrera.

5. Fuente: INDEC.

fueron sucesivos superávits de cuenta corriente, un hecho novedoso en la economía argentina post 1976.⁶

En este contexto, en primer lugar, el Estado vio fuertemente incrementada su disponibilidad de recursos; en segundo lugar, en caso de serle necesario, su capacidad para hacerse de recursos vía el endeudamiento interno le permitió eludir la toma de deuda en el exterior, en condiciones que después del default siempre supusieron altos diferenciales de tasas de interés. Esta situación permitió ignorar los problemas para el financiamiento externo del sector público y privado.

Esta mayor disponibilidad de recursos combinada con el fin de la convertibilidad y la subordinación del Banco Central y el Ministerio de Economía al ala política del Poder Ejecutivo, dieron al gobierno una mayor capacidad para responder a demandas sociales y arbitrar entre fracciones del capital. En este sentido, sobresale la amplia política de subsidios con el fin de contener precios y tarifas sensibles para la determinación del salario.

Pero, además, esta menor dependencia financiera “blindó” parcialmente a la economía local durante la crisis financiera de 2008/2009. De conjunto, la persistencia –más allá de cierta volatilidad manifestada durante la crisis de 2008/2009– de altos precios de los commodities y la menor dependencia financiera supusieron una menor fragilidad externa de la economía argentina (Frenkel y Rappetti, 2011; Fanelli y Albrieu, 2009).

La otra gran fuente de ingreso de divisas durante la convertibilidad, la IED, también experimentó cambios. Ya desde 1998, después de la crisis en el sudeste asiático, los flujos de IED hacia Latinoamérica se redujeron sensiblemente (Giusani y L’hopital, 2003). Desde 2002 comenzaron a recuperarse nuevamente y Argentina recibió parte de ese aumento, sólo que su participación en los flujos de IED hacia Latinoamérica se redujo respecto de los ’90. Más allá del aspecto cuantitativo, desde el punto de vista del origen aumentaron las inversiones brasileñas, chinas, y en menor medida rusas, y se orientaron fundamentalmente hacia la producción primaria y la industria extractiva, en detrimento de la IED dirigida a la industria (López y Ramos, 2009).

6. El superávit de cuenta corriente implica, en este caso, que los ingresos por exportaciones superan a los egresos por importaciones más la salida neta de divisas debida al pago de intereses de la deuda externa.

A pesar de las altas tasas de crecimiento, que retornaron después de la desaceleración de 2009, desde 2007 se empezaron a encender algunas luces de alarma. Una serie de restricciones vinculadas a la propia dinámica de acumulación comenzaron a avizorarse en el horizonte y confluyen con un escenario internacional que a partir de la crisis de 2008/2009 no termina de despejarse. El punto que nos interesa aquí es hasta qué punto llega a su límite una dinámica político-económica que compatibilizó acumulación de capital y satisfacción gradual de demandas populares.

LOS LÍMITES ECONÓMICOS DE UNA LÓGICA POLÍTICA

¿Dos etapas del ciclo abierto en 2002/2003?

2007 muestra el inicio de algunas tendencias que pueden bien señalarlo como un cambio de etapa dentro del período de crecimiento abierto en 2002/2003. En primer lugar, el salario real interrumpe su marcha claramente ascendente e inicia un sendero de relativo estancamiento, aun cuando subsiste una leve mejora entre 2007 e inicios de 2012. En segundo lugar, se desacelera la creación de empleo en la medida que se reduce la elasticidad empleo/producto. ¿Plantea este escenario que se encuentra cerca el final de la compatibilización de crecimiento económico con aumentos simultáneos del salario real y del empleo?

Lo que efectivamente se observa es que empiezan a manifestarse ciertas tensiones inherentes a la dinámica de la acumulación antes descripta.

En primer término, la devaluación está en el origen del crecimiento económico y del aumento de la inflación. Si inicialmente el alto desempleo y el bajo nivel de consumo reprimieron el aumento de salarios y precios, en la misma medida que el tipo de cambio alto permitió la recuperación de la tasa de ganancia y de la competitividad externa se desataron las tendencias al aumento de los precios y después –sólo después– de los salarios, en la medida que el desempleo descendía y aumentaba la conflictividad obrera, variables que no se encuentran, sin embargo, mecánicamente asociadas (Ver Etchemendy y Collier, 2008). Esto en el contexto de un alza mundial de alimentos que, al tiempo que engordó el superávit comercial, incrementó las presiones inflacionarias. A partir de allí, lo que todos conocemos, la aprecia-

ción real del peso por aumento de los precios conspira contra la competitividad externa del sector exportador pero la devaluación del peso para devolverle competitividad renueva las presiones inflacionarias. El gobierno ha elegido hasta ahora anclar el dólar y la inflación no ha cedido sustancialmente pero tampoco se ha desbocado, sin embargo la apreciación del peso empieza a amenazar el superávit comercial (Frenkel y Rappetti, 2011) y el control de importaciones es un remedio sólo coyuntural. Además, dada la heterogeneidad de la estructura industrial, esto empieza a afectar seriamente a los sectores trabajo-intensivos. Por su parte, quienes abogan por una devaluación competitiva ocultan que su éxito presupone la caída del salario real.

En segundo término, desde 2007 se evidencia cierta tendencia a que las negociaciones salariales perforen los techos inicialmente planteados por el gobierno. Si bien no hay hasta ahora indicios de que la situación esté fuera de su control sí se manifiesta cierto retorno a una lógica de puja distributiva inflacionaria. La estabilización de expectativas inflacionarias que hasta cierto punto autonomizan el proceso de aumento de precios de la causa que le dio origen, la devaluación del peso, es un hecho conocido en la historia argentina hasta los años '80. Los esfuerzos del gobierno por lograr un acuerdo de precios y salarios entre sindicatos y empresarios buscan, al menos, limitar esta tendencia. Pero, nuevamente, su éxito presupone el disciplinamiento de las bases obreras de los sindicatos.

En tercer término, la apreciación del peso está minando el superávit comercial y comienza a reaparecer el déficit de cuenta corriente. Al mismo tiempo, el aumento, junto con la inflación, de la masa de subsidios requeridos para mantener congelados precios y tarifas elimina o reduce (según la "creatividad" de la contabilidad utilizada) el superávit fiscal. La combinación de ambas tendencias limita la capacidad del estado para responder a las demandas sociales y transforma en un problema real las dificultades para financiarse tomando deuda externa, debidas a las altas tasas de interés exigidas al estado argentino desde el default. Sin embargo, nuevamente no hay relación mecánica entre la restricción económica y la respuesta política. Ya sea por necesidad política o por convicción ideológica, la necesidad de financiamiento empujó hasta ahora al gobierno al enfrentamiento con fracciones y grupos de la burguesía. La disputa por las retenciones, la estatización de las AFJP, el enfrentamiento con algunos sectores de la burguesía financiera por la

utilización de reservas del BCRA, la disputa por la colocación de directores en empresas con participación accionaria estatal, la estatización parcial de YPF responden, sin duda, a las necesidades de financiamiento para mantener subsidios a empresas y, en menor medida, pagar deuda externa. Sin embargo, es significativo que la respuesta política fuera esa y no, fundamentalmente, el ajuste fiscal. *Lo que justamente empieza a ponerse en cuestión es la posibilidad de continuar con una política que desvía la contradicción capital/trabajo hacia la oposición pueblo/oligarquía, pueblo/capital financiero, pueblo/grupos económicos, pueblo/capital extranjero, etc.* La pregunta es si un gobierno que necesita estimular la inversión para sostener el crecimiento y aumentar la productividad, controlar la inflación y mantener el tipo de cambio alto para evitar la pérdida de competitividad y recomponer los superávits gemelos para evitar las dificultades de financiamiento externo, puede seguir evitando frenar el aumento de salarios, reducir significativamente (y no como hasta ahora) los subsidios al transporte y los servicios públicos y ajustar en términos reales el gasto del Estado. Ciertamente, sería una tarea difícil sino imposible. Pero lo cierto es que esto no supone que el gobierno lo hará (¿en tal caso comenzarán a madurar las condiciones de una crisis?) ni que si lo hace no encuentre mecanismos alternativos de conservación o construcción de consenso. Sea como sea, las condiciones internacionales no auguran buenos tiempos.

¿UNA CRISIS EUROPEA O UNA CRISIS MUNDIAL?

Desde la crisis financiera de 2008 en EE.UU., que rápidamente se transformó en una crisis mundial a través de mecanismos financieros y comerciales, la economía mundial muestra signos de debilidad. La economía norteamericana se recuperó durante 2010, pero de manera débil. Ya en los '70 el mundo desarrollado conoció desde mediados de la década una fase de crecimiento débil atravesada por recesiones sucesivas. Pero, además, la economía europea fue de rescate en rescate derecho a una recesión continental que este año parece asegurada. No intentaremos aquí una explicación de esta crisis, sólo nos interesan aquí las posibles perspectivas para la economía argentina, por lo demás, seguimos el análisis de Rolando Astarita (2012). Astarita plantea que la crisis de EE.UU. no fue un mero estallido de una burbuja financiera sino que fue el producto de la sobreacumulación de capital que co-

menzó a manifestarse en la recesión de 2001 y que se profundizó entre 2002 y 2008. Es decir, fue un producto de la dinámica de la inversión en capital fijo, impulsada por la competencia capitalista, que genera episodios de sobreproducción y caída de la tasa de ganancia y no de la especulación financiera sin contrapartida en la economía real. O mejor, la especulación financiera acompaña y acrecienta los fenómenos de sobreacumulación originados en la inversión productiva. Según Asarita, existen actualmente indicios de sobrecapacidad, que anticipan posibles fenómenos de sobreproducción, en Europa y en China. Esto significa que los fenómenos de sobreacumulación que subyacen a la emergencia de fenómenos agudos de crisis están lejos de ser superados. Las perspectivas en lo inmediato son, entonces, de recesión en Europa con probabilidades de una generalización futura de la crisis.

Cualquiera de los escenarios tendría importantes consecuencias para la economía argentina. En primer lugar, en 2008/2009 el crecimiento de China y de otros mercados emergentes amortiguó el impacto sobre la Argentina en un contexto, además, en el que el “colchón” del superávit comercial era todavía alto. En segundo lugar, las tensiones originadas por la apreciación cambiaria eran muy inferiores y la capacidad del estado para apelar al financiamiento interno y a la expansión contracíclica del gasto público eran claramente mayores. En tercer lugar, aunque la economía brasileña también resultó afectada, en 2009 todavía la capacidad de las exportaciones argentinas de penetrar el mercado brasileño era alta y era más baja la posibilidad de la producción brasileña de encontrar mercado en Argentina. Si bien Brasil mantiene un real apreciado en relación a la moneda argentina, la relación claramente ha empeorado y empieza a sentirse en la balanza comercial entre los dos países.

Un escenario de recesión europea incrementará las presiones por ajustar salarios y gasto público reales a través de su impacto en la balanza comercial y en la tasa de ganancia empresaria, pero a su vez ello potenciaría los efectos de una desaceleración del crecimiento que ya se siente. En el caso de ocurrir una generalización de la crisis o al menos una desaceleración importante de China y de otros mercados emergentes esto equivaldría a un giro en las condiciones internacionales que otorgaron un mayor margen de maniobra a estados periféricos como el argentino. Cualquiera de los dos escenarios presupone dilemas políticos a resolver por el gobierno.

CONCLUSIONES

El análisis de las características del modo de acumulación de capital desde 2003 nos obliga a romper con las visiones simplificadoras de su relación con el imperante en los '90 en términos de ruptura o continuidad. Por un lado, una inserción en el mercado mundial determinada por la orientación predominantemente exportadora de productos industriales de bajo valor agregado relativo y una acumulación de capital basada en la reestructuración capitalista operada en los '90 señalan aspectos sustanciales de continuidad y profundización que habilitan a considerar el ciclo iniciado en 2002/2003 como una subetapa dentro de la más general abierta con el proceso hiperinflacionario de 1989. Por otro lado, se observan cambios significativos tanto a nivel de funcionamiento del sistema mundial como de las condiciones de la acumulación originadas en la salida de la convertibilidad que señalan la existencia de especificidades de la acumulación que la diferencian de la dinámica de los años '90. Estas diferencias resultan especialmente relevantes a la hora de evaluarlas desde el punto de vista de su impacto en la capacidad del Estado para responder a las demandas populares y, por lo tanto, como condición de posibilidad de una lógica de construcción de consenso por la vía de la satisfacción gradual de demandas. Sin embargo, las mismas condiciones que posibilitaron esa lógica política –tipo de cambio alto, precios elevados de las mercancías de exportación, costos salariales iniciales históricamente bajos, acumulación predominantemente extensiva– le imponen tendencialmente límites a través de la inflación, el alza de salarios, la apreciación cambiaria y el agotamiento de los superávits gemelos. Los dilemas políticos que ello plantea al gobierno pueden resultar agravados por un escenario internacional oscilante entre el crecimiento débil y una crisis mundial abierta. Sin embargo, esos dilemas políticos no son algo exterior a los procesos económicos, señalan más bien su indeterminación o, dicho de otro modo, el hecho de que el desenvolvimiento de la acumulación no es más que un modo del antagonismo entre capital y trabajo que amenaza permanentemente con salirse de cauce y estallar como crisis de dominación.

** Artículo enviado el 18 de mayo de 2012*

BIBLIOGRAFÍA

Astarita, Rolando (2010). *Economía política de la dependencia y el subdesarrollo. Tipo de cambio y renta agraria en la Argentina*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Astarita, Rolando (2004). *Valor, mercado mundial, globalización*. Buenos Aires: Ediciones cooperativas.

Astarita, Rolando (2012). “Crisis, sobrecapacidad y coyuntura” en <http://rolandoastarita.wordpress.com>.

BASUALDO, Eduardo (2006). *Estudios de historia económica Argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: Siglo XXI/FLACSO.

Etchemendy, Sebastián y Collier, Ruth (2008). “Golpeados pero de pie. Resurgimiento sindical y neocorporativismo segmentado en Argentina (2003-2007)”. En *POSTData*, N° 13, agosto.

Fabris, Julio y Villadeamigo, José (2011). “El ‘modelo productivo’ argentino. Fortalezas y debilidades de un modelo económico con aristas heterodoxas”. Ponencia presentada a la AHE Conference 2011, Nottingham Trent University, United Kingdom.

Fanelli, José María y Albrieu, Ramiro (2009). “Crisis internacional y estrategia macroeconómica”. En Kosakoff, Bernardo y Mercado, Rubén [editores]: *La Argentina ante la nueva internacionalización de la producción. Crisis y oportunidades*. Buenos Aires: CEPAL.

Frenkel, Roberto y Rapetti, Martín (2011). *Fragilidad externa o desindustrialización: ¿Cuál es la principal amenaza para América Latina en la próxima década?* Santiago de Chile: CEPAL.

Giussani, L. y F. L’hopital (2003). *La inversión extranjera directa en Argentina: 1992-2002*. Buenos Aires: Dirección Nacional de Cuentas Internacionales, INDEC.

Grigera, Juan (2011). “La desindustrialización en Argentina ¿Agresión a la manufactura o reestructuración capitalista?”. En Bonnet, Alberto [compilador]: *La Argentina invisible. Debates sobre la Argentina reciente*. Buenos Aires: Peña Lillo/Ediciones Continente.

López, Andrés y Ramos, Daniela (2009). “Inversión extranjera directa y cadenas de valor en industria y servicios”. En Kosakoff, Bernardo y Mercado, Rubén [editores]: *La Argentina ante la nueva internacionalización de la producción. Crisis y oportunidades*. Buenos Aires: CEPAL.

NOTCHEFF, Hugo et al. (1998). *La economía Argentina a fin de siglo: fragmentación presente y desarrollo ausente*. Buenos Aires: Eudeba/FLACSO.

Porta, Fernando y Fernández Bugna, Cecilia (2008). “El crecimiento

reciente de la industria argentina. Nuevo régimen sin cambio estructural". En *Revista Realidad Económica* n° 233, 1º de enero - 15 de febrero de 2008, Buenos Aires: IADE.